

Raza y color: el dilema cubano

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ
Centro de Estudios Martianos

RESUMEN

El artículo ofrece ideas y prácticas culturales para proponer que la experiencia del afrodescendiente en Cuba no puede ser asumida por las ciencias sociales solamente desde una perspectiva de raza, sino que el asunto es más abarcador y posee notables singularidades en la Isla, al punto que es uno de los elementos básicos, definitorios e inexcusables a la hora de examinar la sociedad cubana, tanto histórica como cultural y sociológicamente, tanto en el pasado como en el presente y seguramente en el futuro. Por eso es imprescindible también ubicar tal examen en la perspectiva nacional, dada la importancia enorme que la formación de la nación ha tenido en la definición de la sociedad cubana, sobre todo durante los siglos XIX y XX.

Palabras clave: Cuba, afrodescendiente, raza, identidad, nación.

ABSTRACT

The article offers ideas and cultural practices arguing that the experience of Afrodescendants in Cuba should be studied in social science studies not only from a racial perspective. The issue is more comprehensive and presents notable singularities on the Island, to the point of being one of the basic, defining and inexcusable elements when it comes to examine Cuban society, both culturally and sociologically, in the past as well as in the present, and probably in the future. For that reason, it is indispensable also to locate such an exam on the national perspective, given the enormous importance that the formation of the nation has had on defining Cuban society, mainly during the 19th and 20th Centuries.

Keywords: Cuba, Afrodescendant, race, identity, nation.

Los llamados estudios de raza han florecido durante los últimos años, y hoy se dispone de una amplia bibliografía sobre el asunto, especialmente en Estados Unidos. Aunque crecientemente se han ido extendiendo al examen de otros grupos étnicos y culturales, buena parte de esos textos en el país vecino se ha preocupado por los negros, no solo por constituir estos el sector que sufrió el drama terrible de la esclavitud, junto a las desigualdades y los prejuicios racistas, sino —sobre todo— por el impacto que causó en las ciencias sociales el auge de la lucha de los negros de Estados Unidos por sus derechos civiles y la igualdad social desde fines de los años 50 y, en particular,

durante los 60 y los 70. Así, en este, como en otros casos, las ciencias sociales han intentado atrapar las razones de determinados problemas sociales en plena maduración o explosión para de ese modo contribuir a su solución o encauzamiento por determinadas vías.

Particularmente en los estudios literarios, la antropología, la sociología, más recientemente los llamados estudios culturales, y con cierta evidencia ya en la historiografía, la trilogía clase, raza y género se ha adueñado de buena parte del discurso imperante, hasta el extremo de que a veces parece algo fuera de moda no moverse en un análisis desde esa triple perspectiva.

Pedro Pablo Rodríguez

Historiador y periodista cubano. Investigador titular del Centro de Estudios Martianos. Director de la edición crítica de las *Obras Completas de José Martí*. Profesor de la Universidad de La Habana. Académico de Mérito de la Academia de Ciencias de Cuba. Premio Nacional de Historia (2010). Premio Nacional de Ciencias Sociales (2009). Premio Félix Varela de la Sociedad Económica de Amigos del País (2009). Publicaciones selectas: *Nación e independencia económica* (2012). *Pensar, prever, servir: el ideario de José Martí* (2012). *Ensayos de mi mundo* (2012). *De las dos Américas: aproximaciones al pensamiento Martiano* (2002). *Uno en alma e intento: identidad y unidad latinoamericana en José Martí* (1995). *La Primera Invasión* (1987).



Palacio de los Capitanes Generales. Monumento a Cristóbal Colón. Fotografía de Paul Niell.

No es esta la ocasión para un debate teórico sobre el asunto. Simplemente lo que quiero es constatar, por un lado, la pertinencia para las disciplinas sociales de esta trilogía, y, por otro, la pertinencia también desde la óptica particular de la sociedad cubana, desde cuyos orígenes al inicio del proceso colonizador estuvo presente el negro.

A continuación ofrezco algunas ideas y ejemplos para abrir al entendimiento de que el negro en Cuba no puede ser asumido por las ciencias sociales solamente desde la perspectiva de raza que he referido antes, sino que el asunto es más abarcador y posee notables singularidades en la Isla, al punto que es uno de los elementos básicos, definitorios, inexcusables a la hora de examinar la sociedad cubana, tanto histórica como cultural y sociológicamente, tanto en el pasado como en el presente y seguramente en el futuro. Por eso es imprescindible también ubicar tal examen en la perspectiva nacional, dada la importancia enorme que la formación de la nación ha tenido en la definición de la sociedad cubana, sobre todo durante los siglos XIX y XX.

Si partimos del criterio de que la cultura y la nación cubanas contemporáneas son realidades socio-históricas esencialmente mestizadas, queda claro que entender lo negro (más que al negro) es parte inexcusable para discernir hasta nuestras raíces, nuestra fisonomía cultural y hasta nuestro destino. Pero ahí justamente está el primer asunto en el que hay que detenerse si se aspira al rigor del conocimiento y no a la publicidad turística o al análisis simplista que explica el mestizaje como una mera suma porcentual de elementos étnicos y culturales. ¿A qué nos referimos cuando hablamos de lo negro y del negro? A primera vista parece muy claro, pero cuando se considera la historia insular se comprende que ciertas precisiones son harto necesarias.

Recordemos que a la Isla llegaron los negros curros de Sevilla y otros lugares al comienzo de la dominación española, y que muchos de sus modos de vida —por cierto, tan similares en muchos casos a los de los curros blancos— se fueron haciendo característicos de algunos barrios habaneros, al extremo de que me atrevería a afirmar que están hoy en la base de ciertas formas de sociabilidad del cubano urbano del occidente Cuba.

Por otra parte, consideremos también que desde fines del siglo XVI hubo una progresiva entrada de esclavos de África, muy importan-

tes ya entonces y en las dos centurias siguientes en las construcciones militares y en la vida rural. Quién sabe quizás si hasta los primeros africanos ya venían en las carabelas de Colón. Pero lo cierto es que durante unos trescientos años —cifra nada despreciable— mediante un lento crecimiento vegetativo, sin entrada en cantidades sustanciales ni sistematizado por proyecto colonizador o de poblamiento alguno, la colonia insular —francamente escasa de mujeres españolas— vivió un mestizaje sexual, étnico y cultural sistemático que lleva a estimar, inclusive, que buena parte de las oligarquías rurales que se fueron formando regionalmente no eran de blancos puros —como lo exigirían posteriormente las obligadas muestras de pureza racial— sino de mestizos entre blancos, indios y negros.

Lo primero entonces que se ha de reconocer es que el negro fue componente del proceso formador del pueblo cubano desde sus mismos comienzos, y que su presencia está desde las bases históricas de la conformación de una sociedad mestiza en términos culturales, cuyos componentes derivados de los pueblos originarios tienden, por cierto, a olvidársenos sistemáticamente. Este escurrimiento respecto a los primeros pobladores de Cuba se sienta en el criterio de que ellos fueron prontamente exterminados por los crímenes, los trabajos forzados y las enfermedades traídas por los conquistadores. ¿A dónde, pues, han ido a parar los pueblos de indios de Guanabacoa y de El Cobre, de larga y significativa historia en la vida colonial? Probablemente se trata de una verdadera patología psicosocial basada en la intención de desconocer el fortísimo mestizaje de la población insular durante los dos primeros siglos coloniales. Debe estudiarse más el tema, sin pasar por alto que el bohío, el tabaco, la yuca, la hamaca, la jutía —por solo citar algunos casos— son componentes de nuestro lenguaje, de nuestra identidad y de nuestra cultura.

Pensar que la colonia arrancó como una sociedad blanca de matriz hispana es un curioso falseamiento de fuerte arraigo en la memoria cubana. Claro que ello se explica en buena medida por la pertenencia insular al imperio español, pero es muy probable que también responda a la infección veloz y totalizadora de la esclavitud generalizada desde mediados del siglo XVIII, que nos hace asociar al esclavo africano especialmente con el cañaveral y el ingenio. Hay que acabar de

entender lo que llegaría a ser considerado cubano como un complicado y contradictorio proceso histórico-social de múltiples mestizajes, del cual participó siempre el negro. Está claro que la entrada masiva de millones de esclavos africanos durante más de cien años —inmigración forzada que superó con creces a la que venía de la metrópoli— impuso ciertos sellos que han caracterizado al país incluso hasta nuestros días, especialmente en las expresiones del racismo y las discriminaciones por el fenotipo, señaladamente por lo más visible: el color de la piel.

En el *Espejo de paciencia*, Salvador Golomón pudo ser el héroe porque ello era permisible en su tiempo histórico y porque el autor del texto no era un noble de Castilla sino un canario. En la sociedad bayamesa, por entonces de las más dinámicas, con una oligarquía local que se insertaba en el mercado mundial exportando cueros y alimentos mediante el contrabando, el negro esclavo podía ser ensalzado al dar muerte al pirata francés. Golomón era el defensor de aquella cultura que se mestizaba, frente al extranjero que había roto el pacto con la oligarquía de la tierra al cambiar su condición de mercader contrabandista por el de secuestrador de la autoridad católica, por la que pedía un valioso rescate. Golomón, a pesar de ser negro y esclavo, aunque fuera llamado etíope —por cierto, uno de los pocos estados africanos reconocido con esa condición por los europeos— podía ser apreciado, sin embargo, como español y católico frente al francés protestante. De algún modo aquel era también un hombre de la tierra, un criollo en ciernes, cuya condición de esclavo le deprimía socialmente, pero no le hacía un paria impedido de actuar en la sociedad de los libres. En aquella sociedad en que la esclavitud gozaba de cierto patriarcalismo, el negro, aun en el caso de que no fuera libre, podía llegar a insertarse en ella y ser hasta aclamado como héroe.

Cuánta distancia de Golomón respecto a Cecilia Valdés, que parecía blanca pero era mulata, y para quien la sociedad blanca que ya se autocalificaba de cubana solo le permitía moverse en los márgenes. Cecilia es una heroína literaria y todo un mito de las letras cubanas, mas no es la heroína de su tiempo, que la empujaba al fracaso en sus aspiraciones de ascenso social por más que intentase ocultar y negar su ascendencia negra. Su tez tan clara no la salva de su condición de hija ilegítima

de abuela negra y de madre mulata y pobre, y por eso le fue imposible cumplir su enfermiza aspiración de ascenso social hacia el mundo de los blancos libres, mucho menos al más cerrado de los poderosos propietarios.

Personalidades históricas como José Antonio Apon-te y Plácido pagaron con sus vidas sus pretensiones de ser héroes de su tiempo, tanto en el campo de la política como en el intelectual. Ambos eran peligrosos: uno por conspirar contra el dominio colonial y por abolicionista; el otro, por demostrar que las personas de color podían ser talentosas. Ambos, más allá de sí mismos, eran un vivo mentís rotundo de la inferioridad cultural y mental del negro, puntal ideológico justificativo hasta en términos éticos de la servidumbre

Se trata de que ya entrado el siglo XIX la esclavitud generalizada —no se olvide que no era extraño que un esclavo comprase esclavos y que en el cañaveral el contramayoral casi siempre fue un esclavo— pervertía las conciencias y las prácticas sociales hasta límites insospechados con anterioridad por la colonia. Mientras esta fuera una fabulosa fábrica de riquezas para plantadores y comerciantes negreros y prestamistas, sostenida a mediados de aquella centuria por las labores de cuatrocientos mil o más esclavos, y a la que se subordinaban todas las clases y estamentos del país, sería casi imposible el reconocimiento de un héroe negro.

La esclavitud fue, sin duda, un verdadero trauma para la sociedad colonial cuyas consecuencias aún se hacen sentir en diversos aspectos de la vida cubana. Lo más escandaloso de aquella infamante institución fue que convirtió a millones de personas en meras propiedades de otros seres humanos, quienes podían disponer de aquellos a plenitud. Fue, pues, una negación de la más elemental condición humana para quienes la sufrieron en carne propia, les degradó tal condición a los extremos más horribles e introdujo en los esclavos una marcada tendencia inferiorizante, que todavía hoy se hace sentir entre algunas personas y en los prejuicios sociales.

La esclavitud, como en el resto de América, fue aportada por el sistema colonial desde sus inicios. La sociedad insular fue incluida



Vista de cañaverales y de la Sierra del Escambray desde la torre del Ingenio Manaca Iznaga. Trinidad, Cuba. Fotografía de José Gomariz.



en los procesos mundiales de la modernidad capitalista con semejante institución en su seno, la cual fue alcanzando una significación cada vez más decisiva en su devenir. La esclavitud moderna, a diferencia de épocas históricas anteriores, se caracteriza por el color de la piel del esclavo. Aunque esta forma de explotación del trabajo se extendió por todo el mundo, su contingente mayor en términos numéricos provino del África subsahariana y se dirigió esencialmente hacia nuestro continente. Por eso desde el siglo XVI la esclavitud se asocia con el negro. Mas fue la sociedad plantacionista la que, sin duda, fijó las rígidas fronteras de todo tipo entre negros y blancos, al generalizar esa servidumbre en las raíces del sistema productivo y en todos los ámbitos de la vida cotidiana, obligada por el hecho de que era el África negra subsahariana la fuente que la abastecía de esclavos.

Pero aún en el país de 1790 a 1868, como no fue una plantación en sentido absoluto, se hace difícil hablar de los negros en una sola acepción. En primer término, lo único que homogenizaba a un nigeriano, proveniente de una cultura agrícola desarrollada, organizada en Estado y con refinadas expresiones artísticas, con un nómada de lo que los europeos llamaron Congo y Angola, era justamente el color de su piel y su triste condición de esclavo. Es hora ya de dejar de hablar de negros y hasta de africanos esclavos, para hacerlo de nigerianos, dahomeyanos o congos, o, mejor, de yorubas, bantúes, etc. Desde el mismo principio de la esclavitud en Cuba, fueron etnias, pueblos, culturas muy diferentes las que llegaron de África, con aportaciones nunca similares al proceso de mestizaje que iba formando lo cubano, como tampoco puede pasarse por alto que a menudo había oposiciones y enfrentamientos entre esos pueblos en su tierra natal, los que, desde luego, fueron trasladados a la Isla.

Por otro lado, el sistema esclavista generó y se sostuvo, entre otros factores, sobre diferenciaciones altamente significativas entre los esclavos. ¿Acaso fueron lo mismo para nuestra historia y nuestra cultura los esclavos traídos de África a la fuerza y esclavos de los cafetales o los de la casa en la ciudad, quienes en su mayoría aprendían la lengua del amo, hasta se hacían de un oficio y en no pocos casos se compraba su libertad? ¿Fueron similares los aportes a aquella sociedad con rasgos de identidad propia del esclavo del ingenio, en-

tremezclado con los de otras etnias y pueblos, separado física y espiritualmente de la sociedad insular y condenado a una desaparición física relativamente rápida, que el esclavo urbano o de servicio, en sistemático contacto con los demás estratos y clases libres de la sociedad, con muchísima mayor facilidad para crear una familia y tener hijos, que ya eran considerados esclavos criollos? ¿Eran considerados como iguales, aunque fueran todos jurídicamente esclavos, los nacidos en Cuba con los venidos de África? ¿No era el criollo más admitido por la sociedad hegemónica blanca y no se le concedían mayores facilidades para insertarse a ella, incluso para alcanzar la libertad, aunque fuera en una posición subordinada, dado el color negro de su piel? ¿Pueden considerarse semejantes las condiciones de los negros y las de los mulatos? ¿No eran estos diferentes, en tanto y cuanto podían presumir, y así lo hacían con harta frecuencia, de portar algunos rasgos heredados de su parte blanca? ¿Ese carácter de mayor o menor blanqueamiento y su propia condición de criollo no elevaba al mulato en algún sentido sobre el negro, particularmente sobre el africano? ¿La propia legislación colonial no prestigiaba y establecía como un ascenso el blanqueamiento, es decir, la manera en que se iban efectuando los cruces — como si se tratara de razas de animales, con los que solían ser comparados hasta por las ciencias de entonces— hasta llegar a ser blanco, el ideal que se promovía y al que se aspiraba por muchos de los de color, como se decía entonces, para incluir a negros y mulatos?

Hay que aprender a ver y a entender esas diferencias y contradicciones si se quiere entender al negro en Cuba y a la propia Isla. No fue un proceso en un solo sentido, aunque a veces los esquemas y los estereotipos induzcan a entenderlo de esa manera; aunque se comprenda que, sin embargo, todas esas diferenciaciones se unían en la apreciación dominante de la inferioridad social y hasta mental de la gente de color, justamente por eso que los juntaba por encima de sus diferencias: por su color de piel y por otros de sus rasgos físicos.

El análisis contemporáneo no puede desentenderse de que las diferenciaciones fueron elementos creados por el propio sistema de la esclavitud, y que si se incorporan al estudio se enriquece la comprensión en muchos más matices, a pesar de que estos fueran manipulados por lo sectores sociales hegemónicos

para sostener su dominio y dividir entre sí a la gente de color, aunque no siempre hayan sido previstos desde el comienzo de ese espantoso sistema expoliador.

Hay un elemento aún más importante: no puede dejar de considerarse que inclusive en las décadas terribles del auge brutal de la esclavitud, cuando Cuba se africanizaba, al decir de pensadores y políticos de aquellos tiempos, hubo siempre una numerosa población libre negra y mulata, que no decrecía, sino todo lo contrario, aunque no aumentaba al ritmo con que la trata cubría la voracidad del trópico.

Fue esa población libre de color la que mantuvo sus milicias de pardos y morenos, que tan gloriosamente combatieron en el territorio continental cuando la Corona española apoyó a los patriotas de las Trece Colonias; que fue ella la que hegemonizó las más disímiles profesiones y oficios en el Occidente esclavista porque muchos criollos blancos pobres encontraban inferiorizantes los trabajos manuales; que fue ella el sector numéricamente significativo entre el campesinado de la región oriental donde se formó una especie de pequeña burguesía agraria propietaria de cantidades apreciables de fincas y de tierras, la cual recibió, además, el aporte nada desdeñable de hombres libres de color venidos desde el Saint Domingue francés, el Santo Domingo español, la Luisiana y la Tierra Firme colombiana y venezolana según se iban liberando de la dominación colonial esos territorios.

Se va haciendo ya necesidad imperiosa asumir el estudio de la cultura popular cubana en aquella época desde la comprensión de cuánto entregó aquel sector a ese mestizaje que la caracteriza en todos los órdenes, e inclusive habría que estudiar cómo algunos aspectos de la llamada «alta cultura» fueron influidos por tal sector de la población libre, dado que no fue raro que el ejercicio del magisterio estuviera frecuentemente en sus manos.

Basten estas interrogantes y sugerencias para hacernos pensar que en la historia cubana, y particularmente durante la fase plantacionista, la «raza» fue creación y pretexto para cohonestar la esclavitud, pero que por detrás y por encima de ese agrupamiento, bajo el denominador común de negros, o de gente de color, o de pardos y morenos, hay que considerar diversas etnias y culturas africanas, diversa condición entre el esclavo de la plantación y el urbano, y el doméstico y el de

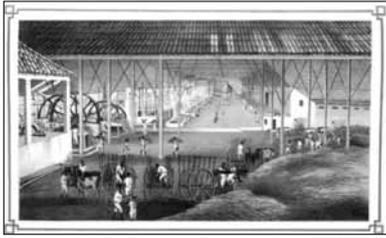
servicios; la distinción jurídica y social entre siervos y libres, y entre estos últimos, la diversidad entre trabajadores, artesanos, pequeños propietarios, comerciantes y campesinos, y entre la población de color libre en las dos grandes regiones al menos, Oriente y Occidente, más la creciente existencia de la variada gama de los mulatos, criollos y cubanos, muy a menudo libres. ¿Cabe, pues, en sentido histórico-cultural estricto, manejar un término tan englobador como el de negro?

Para continuar con las preguntas y pasando ahora al otro lado: ¿es posible concebir la formación y desarrollo de la identidad y la cultura cubana al margen de los negros, de esa gente «de color»? Aún nos queda demasiado por conocer de ese proceso en su formación en la base de la pirámide social, y de sus interrelaciones con el resto de ella. Ese entramado complejo, difuso, contradictorio, que no pudo seguir un camino recto y único, porque hasta 1868 en líneas generales no se realizó a conciencia ni a voluntad siquiera de la clase dominante blanca ni de sus ideólogos y políticos. Es hora de que aprendamos a leer, a entender, a conocer más de la historia, las ideas y el imaginario de la gente sin historia, como escribió Juan Pérez de la Riva.

Hay que ir más allá de la descripción de los alzamientos de esclavos como meras explosiones ante la crueldad esclavista. Claro que tales horrores fueron con toda seguridad la chispa que encendió la mayoría de tales estallidos; pero, ¿acaso no eran también expresión de una rebeldía fermentada y fermentadora para todos los oprimidos por la degradante esclavitud y sus consecuencias? ¿Y cómo valorar, por otra parte, las relaciones de intercambio comercial, de servicios, así como de protección mutua que se prestaron entre sí frecuentemente los palenques y los campesinos de las cercanías más allá del color de su piel? ¿Puede hablarse de identidad cubana en rigor, sin considerar la conspiración abolicionista e independentista del moreno libre Nicolás Morales, en Bayamo, a finales del siglo XVIII, o la de José Antonio Aponte, en La Habana, jefe de una potencia abakuá, a cuya ejecutoria libertadora se unieron blancos, algunos hasta jóvenes idealistas de la clase alta?



Máximo Gómez. La Habana, Cuba. Fotografía de Paul Niell.



Ingenio El Progreso. Marques de Arcos. Eduardo Laplante. *Los ingenios* (1857) de Justo Germán Cantero.



El Palacio del Marqués de Arcos antes de su restauración. La Habana, Cuba. Fotografía de José Gomariz.

La esclavitud, ya se sabe, impidió que la sacarocracia y su intelectualidad fueran independentistas. La sociedad esclavista convirtió a sus críticos, cuanto menos, en locos, y cuanto más, en enemigos. José Antonio Saco, blanco, culto, brillante, siempre reformista y nunca independentista fue expulsado de su patria por atacar la trata esclavista: era peligroso para el grupo que detentaba el poder real. A este le importaba poco que «el ilustre bayamés» pensara la identidad cubana como algo exclusivo de los blancos y que compartiera su propia postura racista cuando quería alejar a los negros y blanquear el país: la trata era parte inseparable de la esclavitud por ser su fuente esencial. El capitán general, Miguel Tacón, ejecutor de la medida contra Saco, diría años después que su decisión había sido impulsada por aquella camarilla. Las ideas de este intelectual eran un riesgo para la institución esclavista y el profundo sistema de divisiones dominadoras que ella establecía para su sostén, aceptación y reproducción.

Por consiguiente, y con más razón, el negro, y el mulato por extensión, se convierten en un peligro durante la época de la hegemonía plantadora, esclavista: el libre, porque era un modelo para el esclavo, porque se consideraba cubano y hacía patente sus capacidades humanas; el cimarrón, por rebelde; el esclavo doméstico, por su convivencia con los amos; el esclavo del ingenio, porque sin él no había sistema productivo ni ganancias. Por tanto, el miedo al negro, como se dijo desde entonces, paralizó la aspiración a la independencia e impidió el éxito de los reformistas y, mucho peor, tendió a levantar una barrera racial, en la que el negro quedaba del lado negativo: la hegemonía lo calificaba de vago, cruel, bárbaro, primitivo, salvaje, idólatra, animista, lascivo, bruto, atrevido, irrespetuoso, grosero, apuesto, maleducado, etc. Y siempre se le atribuía estar dispuesto a destruir a la Cuba blanca: a violar a sus mujeres, a incendiar las propiedades, a erradicar la cultura letrada.

La esclavitud englobó como negros al esclavo urbano y también al doméstico, no importa donde nació, cuál lengua hablaba, cuál religión practicaba, qué costumbres tenía. La esclavitud minimizó al mestizo, al mulato, y cuando era obvio que su piel no era negra creó el eufemismo de gente de color para separarlo del blanco

y a la vez para atraparlo en el deseo de serlo. La esclavitud disminuyó social y culturalmente al libre de color, por ser de color, le quiso arrebatar su orgullo de criollo y cubano por varias generaciones, lo convirtió en persona peligrosa y le quitó muchos de sus derechos civiles. La esclavitud, aún más, introdujo al culí chino en condiciones de vida similares a las del negro y lo sometió a los mismos esquemas racistas y discriminatorios. Todo eso creó la falsedad del negro como unidad social para así justificar el racismo y la discriminación luego de terminada la esclavitud, y mantener esas patologías sociales que aún se advierten entre nosotros. Hablar del negro como categoría social, insisto, solo es explicable por las perspectivas y las lógicas racistas. La cultura cubana en todos los planos, no únicamente en lo artístico y literario, es mestiza —por cierto, como casi todas las culturas— luego la identidad nacional también lo es. En rigor, la psicología social cubana es tan blanca como negra, o, si se quiere, tan española como africana, en el entendido de que hace mucho tiempo que no es estrictamente española ni africana, sino justamente cubana porque ya no se manifiesta por los moldes que caracterizan a aquellas, si es que pudiera hablarse así. Entonces, no queda más remedio que hacerse una batería de preguntas que ponen en solfa muchos mitos acerca de la identidad cubana.

¿Cuán españoles somos si los conquistadores e inmigrantes no se consideraban españoles? ¿Cuán españoles somos si buena parte de los inmigrantes eran canarios, incorporados a la Corona mediante conquista en fecha cercana a la llegada de Colón a América? ¿Cómo asimilar bajo el término de negros a culturas tan diferentes como las de la actual Nigeria, las de los numerosos países del África occidental, o de las regiones llamadas Congo en la época de la trata? Bajo el concepto de negros llegaron personas esclavas portadoras de diversas lenguas, religiones y costumbres; de culturas nómadas recolectoras, rurales agrícolas y urbanas mercantiles y artesanales; de sociedades con organizaciones primarias o de Estados fuertes y extensos territorialmente. Todos sufrieron por igual la deculturación consciente del explotador sistema esclavista. Así, pues, desde nuestras raíces múltiples tras la conquista, ¿cuán hispanocubanos o afrocubanos somos?

Se explica, por tanto, por qué considero que la manifestación plena de la identidad nacional —para la que, sin dudas, la plantación esclavista

fue una retranca en todos sentidos— exigía, en las condiciones continentales y mundiales de entonces, el cese del colonialismo y el paso al estado-nación junto con el fin de la esclavitud: en Cuba se fue extendiendo la conciencia, entre quienes se consideraban patriotas, que la abolición era un acto de dignidad humana, por encima inclusive de la significación económica de la esclavitud.

Pero ese proceso cultural y de identidad hacia la nación fue multirracial, o, mejor, tan mestizado en la cabeza, los sentimientos y la voluntad de quienes se iban considerando cubanos como el que iba ocurriendo en la piel de muchos. Por eso la Revolución del 68 dio paso incontenible a la nacionalidad para todos, a pesar de que en más de una ocasión y de que en más de una de sus personalidades quisiesen limitar en algún sentido la presencia o la relevancia de la gente de color.

Bastante se ha estudiado lo que muchos historiadores han llamado la radicalización de aquella revolución, justamente a partir de sus posturas ante la esclavitud. Sabemos cómo las dirigencias revolucionarias de Camagüey primero, y de la República en Armas luego, dictaminaron la abolición, y cómo la Constitución de Guáimaro declaró iguales a todos los cubanos. Quizás se requiera profundizar más en el conjunto histórico que fue impulsando los debates en torno al asunto y a las decisiones tomadas. Hay que examinar más a fondo los liderazgos regionales civiles y militares de los patriotas, en un país que aprendía a ser nación con aquella guerra de liberación. Tras los liderazgos regionales sabemos bien que había intereses, a veces en pugna.

Hay que estudiar más al liderazgo militar, no solo porque fue decisivo en aquellas condiciones bélicas y en más de uno de los momentos capitales de la revolución, sino porque su desarrollo fue mucho más democrático que el de los órganos de gobierno. La presidencia y la Cámara siempre estuvieron en manos casi absolutas de los terratenientes y sus ideólogos; el Ejército, sin embargo, propició el ascenso de personas de las clases más humildes. Es cierto que el campesino mulato relativamente acomodado Antonio Maceo derrochó más heroicidad, talento y espíritu patriótico que muchos otros jefes blancos, pero llegó a mayor general durante la primera contienda, a pesar de todos los prejuicios raciales. Y no fue caso de excepción: numerosos

hombres «de color,» muchos pertenecientes a esa especie de pequeña burguesía agraria de la que también salió Maceo, fueron oficiales y jefes, todavía de manera más notable durante la Guerra de 1895, cuando hubo negros y mulatos en los mandos del Ejército Libertador desde Oriente hasta Occidente.

Se ha de comprender mejor los procesos formadores de esos liderazgos militares —de indudable alcance político— individual y colectivamente, para atrapar mejor el cambio de conciencia que se iba produciendo, y las verdaderas ideas que movían a los patriotas. Como hay que tratar de entender el imaginario del soldado, de la tropa libertadora. Son frecuentes los testimonios, tanto del bando mambí como del colonialista, que indican que buena parte —a veces se dice que hasta la mayoría— de los soldados eran de color en ambas contiendas.

¿Qué pensaban, qué querían, por qué luchaban aquellos hombres y mujeres, muchos de ellos antiguos esclavos? Gracias a Miguel Barnett tenemos el testimonio del cimarrón Esteban Montejo, quien fue un héroe sin siquiera imaginarlo. Hay que aprender a buscar en las fuentes escritas escasamente rastreadas como en los diarios de soldados y clases que se conservan en archivos y en manos particulares. Hay que elucidar en la memoria histórica traspasada a los hijos y a los nietos. Hay que buscar su palabra allí donde no la pudieron escribir, porque muchos ni sabían hacerlo: en las documentaciones de sus jefes, en las de sus enemigos del Ejército español, en las de los periodistas y observadores que pasaron por los campamentos mambises. Hay que buscar sus impulsos y sus querencias en los documentos menos tradicionales como, por ejemplo, las imágenes fotográficas: la posición de los retratados muestra categorías sociales; la presencia numerosa de negros en los grupos de mambises, así como las ropas que aquellos visten, las armas que portan y si montan cabalgadura nos puede decir mucho de aquella realidad. Hay que revisar los archivos de los centros de veteranos que se constituyeron en casi todas las localidades cubanas.

Entonces empezaremos a acumular nuevos saberes y a explicarnos algunas maravillas que ahora nos sorprenden. ¿Cómo la tropa de José Maceo vibró de entusiasmo con la palabra de José Martí, a quien nunca antes habían visto, y lo aclamó presidente? Y también es necesaria la pregunta desde otro ángulo: ¿por qué un joven blanco de familia rica insistía en



Antonio Maceo. Schomburg Center for Research in Black Culture. The New York Public Library Digital Collections. 1900.



Monumento a Antonio Maceo. La Habana, Cuba. Fotografía de Paul Niell.

ser escogido para integrar la escolta o el Estado Mayor de Antonio Maceo durante la Guerra de Independencia, a sabiendas de que aquella posición era de las más riesgosas dada la proverbial intrepidez de aquel jefe?

Es evidente, y parece que nadie lo discute, que entre 1868 y 1898, y sobre todo después del 24 de febrero de 1895, se debilitaron los prejuicios raciales y las barreras para los cubanos negros dentro del movimiento patriótico. Hay que hurgar más aún en ese proceso, estudiar los proyectos de república, las ofertas que el movimiento patriótico hacía y los deseos de aquellos cubanos negros, entre los que aún eran apreciables los africanos, entre los que hubo esclavos que alcanzaron su libertad entonces, entre los que hubo trabajadores, artesanos y campesinos.

Y no veamos la historia de una sola parte. Recuérdate que cuando Máximo Gómez invadió la comarca de Guantánamo en 1871 los indios de Yateras y los esclavos de muchos cafetales tomaron las armas para defender las posesiones de sus amos. Y que algunos intelectuales negros argumentaron desde sus periódicos durante los años 80 del siglo XIX, del pasado siglo, que sería el colonialismo español el que garantizaría los derechos civiles del negro. Todo parece indicar que fueron grupos minoritarios, pero ello nos muestra, como siempre en la historia, que es mejor hablar de tendencia y no de absolutos y que la dominación abarca también la mente, las representaciones, las aspiraciones y, los deseos y los sentimientos de los dominados, muchos de los cuales pueden llegar hasta a defender el sistema que los domina.

Ello ocurre no por espontaneidad, sino por la propia dominación. Al esclavo, al negro, a la persona de color se le trata de inculcar que su situación es la que debe ser, bien por razones naturales o divinas, bien porque las ciencias (la biología, la antropología, la sociología, la psicología, la historia) explican la superioridad del blanco, ya mental, ya organizacional, ya histórica, ya civilizatoria. Más aún cuando en la Cuba de mediados del siglo XIX, ante el encarecimiento del esclavo africano, los amos cuidaron más de su salud, y en las plantaciones más de uno buscó incentivarlo con el permiso de que cultivara un conuco y se apropiara de sus cultivos, y hasta de que se casara y pudiera llegar a comprar la libertad de su hijo.

El análisis del negro y el mulato en Cuba, en cualquiera de sus diversas facetas, ha de desprejuiciarse del racismo: del explícito, del implícito, del inconsciente. Los reclamos y

debates que se han estimulado en los últimos años, como expresión de los hábitos arraigados en la psicología social y en el inconsciente; más los desequilibrios y reajustes de la sociedad cubana tras los años noventa del siglo pasado, que han provocado el aumento de las diferencias sociales y el resurgimientos del racismo y la discriminación asociada que buscan sibilinamente justificarse por esas condiciones.

El estudioso debe evitar, a mi juicio, dejarse ganar por la conmiseración ante la injustificable maldad de la esclavitud y sus secuelas y ser llevado por sus simpatías a posturas acrílicas ante acontecimientos y personas. ¿Cómo explicar y juzgar desde esos términos el movimiento reivindicador, por ejemplo, ya en la república, de los Independientes de Color? ¿Basta con señalar ese inobjetable propósito de equidad social para justificar todos y cada uno de los actos de aquel movimiento y de sus principales dirigentes? ¿Se puede separar el analista de las condiciones de un país bajo la amenaza permanente de una intervención de Estados Unidos, cuyo derecho se reconocía en la propia Constitución cubana de 1902 con la Enmienda Platt? ¿Por qué no se revisan las opiniones de los patriotas dignos, muchos de ellos negros, que se opusieron a la protesta armada y que también condenaron la atroz matanza ejecutada por el ejército y ordenada por el gobierno? Al igual que el historiador actual se cuestiona y somete a juicio riguroso los actos de los fundadores del 68, por ejemplo, sin que ello implique disminuir esa condición de fundadores, lo mismo ha de hacerse con cualquier otra personalidad histórica o hecho.

El pasado, sobre todo los largos procesos históricos, han de estar sometidos siempre al rigor analítico, precisamente por sus caracteres contradictorios, contrapuestos, disímiles, variados. Desde luego, hay un elemental imperativo ético que ha de guiar al estudioso en estos temas de raza y color: rechazo sin concesiones al racismo y la discriminación, y a sus causas históricas y sociales, como la esclavitud. Y, por ello mismo, se ha de aguzar la mirada para escapar de las trampas que nos tienden el saber cotidiano, las mentalidades establecidas, lo que resulta natural porque ha sido impuesto por las relaciones sociales de dominación, inclusive a su propia crítica. Seguramente, así se contribuirá mejor a esa construcción sistemática de la nación, la identidad y la cultura cubanas.

Fecha de recepción: 30/04/2014

Fecha de aceptación: 07/10/2014